

GLOSA A UN SONETO DE LUPERCIO LEONARDO DE ARGENSOLA

LUPERCIO Leonardo de Argensola, o «la elegancia»: porque hay una elegancia netamente aragonesa, hecha de simplicidad, de sencillez y de énfasis con puntos de arrogancia. Y eso es el verso—armonioso y solemne, y al mismo tiempo libre—de Lupercio Leonardo, me escribó en cierta ocasión «Azorín»¹. Lupercio es rey del soneto, en el núcleo de Lope de Vega, Góngora y Quevedo. Yo me imagino a Lupercio en Madrid, a orillas del escuálido Manzanares, en el Prado, en el jolgorio de Santiago el Verde o en el de la Florida, luciendo su talle apuesto y su talento enamorado. Pero, ¿quién no lo era entonces, en el comienzo del siglo xvii?

Antonio Liñán y Verdugo, en su donosa *Guía y avisos de forasteros que vienen a la Corte*, afirma que los encuentros ordinarios de un forastero en Madrid eran un caballo bueno, y otro mejor; una mujer hermosa, y otra más. La vida española no tenía los tonos sombríos con los cuales se la quiere pintar literariamente. Sin contar las fiestas de Carnaval, las ferias y las solemnidades públicas, ¡cuántas diversiones privadas donde campeaba la mayor libertad! Meriendas al aire libre en el parque del Real Alcázar o en la Casa del Campo, o paseos en coche. Los cortesanos que cabalgaban junto a las portezuelas de las carrozas no eran siempre solteros, y algunas veces se arruinaban por pagar este lujo de cuatro ruedas. Por la noche, era el Prado el sitio de reuniones elegantes; en sus alamedas paseaban las damas envueltos los talles en los mantos, y, como comediantas en escena, dejaban entrever un ojo luminoso. Por estas heroínas se batían los galanes.

El día de fiesta era de máxima ostentación en la mujer de cierta posición, porque salía para ser vista. Después de tocarse se ponía el guardainfante, «desatino el más torpe en que el ansia de parecer bien ha caído», según el estirado y bilioso Juan de Zabaleta. Sobre el guardainfante, la pollera con guarniciones, y encima la basquiña de mucho ruedo, «pavos con las plumas extendidas», en símil de Lope.

Una de estas damas debió de llamar a la emoción de Lupericio Leonardo en la mocedad del poeta: doña Elvira. ¡Qué linda! Y declaraba a un amigo:

Yo os quiero confesar, don Juan, primero,
que aquel blanco y carmín de doña Elvira
no tiene de ella más, si bien se mira,
que el haberle costado su dinero.

Este primer cuarteto es una esquemática crítica de la moda femenina de entonces. Como acontece con la liturgia eclesiástica, las mujeres tenían vestidos de colores diversos para las fiestas del año, y los hombres, por lo general, no buscaban las más hermosas, sino las mejor ataviadas (¡oh, Puerta de Guadalajara, almacén vistoso de telas, tabíes, terciopelos, pasamanos y rasos!). Lupericio echaría la mirada a rostros bien aderezados. El aliño de cara, cabellos y manos era asaz prolijo. La literatura de aquel tiempo está llena de invectivas contra los abusos de la vanidad femenina y del deseo de agradar,

porque riqueza y olor
son alcahuetes de amor,
que provocan los sentidos,

exclamó Lope, constante mujeriego. Pecado de entonces y de siempre.

En levantándose de la cama, la señora se entraba a medio vestir en una antecámara denominada tocador. Esta voz parece que se introdujo como galicismo en tiempo de Lope de Vega, para significar el aposento donde se «tocaba» o adornaba el tocado. En su comedia *El desprecio agradecido*, dice el gracioso Sancho:

Por todo este gabinete,
o tocador, que así creo
que se llama en Francia, adonde
tienen las damas su espejo
y aderezo de matar,
porque sus blancos aceros,
broqueles, rodela, jacos,
son las rosas de Toledo,
los jazmines del Gran Turco,
los moldes y otros enredos.

Antes, tocador había significado en castellano una especie de gorro que para dormir se ceñían a la cabeza hombres y mujeres. En *Don Quijote* la doncella Altisidora canta al son del arpa:

Tú llevas, ¡llevar impío!,
en las garras de tus cerras,
las entrañas de una humilde,
como enamorada, tierna.
Llévaste tres tocadores,
y unas ligas de unas piernas,
que al mármol pario se igualan
en lisas, blancas y negras...

En su tocador, doña Elvira se pone el peinador; delante tiene la arquilla de medicamentos de la hermosura. Empieza a mejorarse el rostro. Y no está sola: sus criadas y esclavas le sirven las salserillas con ingredientes rodilla en tierra. En *Vida de don Gregorio Guadaña*, Enrique Gómez describe la habitación de cierta dama de «entre corte y ciudad»: «Rasos de nácar con cenefas de oro adornaban sala y alcoba; sillas de lo mismo; escritorios de ébano y marfil, sacados de las mil maravillas del poder de sus dueños... El estrado, turco; el suelo, árabe, y la cama de damasco sobre un catre de la India. Olía toda la casa a vísperas solemnes». No sabemos si doña Elvira sería dama de «entre corte y ciudad»; pero de seguro que su habitación no desmerecería mucho de la descrita por el novelista; y desde luego, el tocador sería completísimo. El tocado obraba milagros con mil menjurjes: quitaba el vello con vidrios quebrados, teñía cejas y pestañas con antimonio y alcohol, aplicaba a la cara solimán o azogue sublimado, como el que vendía Celestina a pretexto de entrar en las casas de doncellas solicitadas, pero de recato; el cual daba a la piel brillo nacarado, aunque a la larga perjudicaba y producía la caída de los dientes; abrillantaba manos y muñecas con sebo y pomadas o blandurillas, y se perfumaba con agua de azahar, ámbar, algalia, almizcle o agua de ángeles, y otros compuestos costosos. Tener las manos blancas y suaves era una de las cosas de que se preciaban mucho las mujeres de tono. Una de las confecciones para ello era la pasta de almendras. En la comedia de Cubillo de Aragón intitulada *Las muñecas de Marcela*, el gracioso Beltrán imita un diálogo, suponiendo que las muñecas hablan en visita, y dice la una a la otra:

- ¿Qué os ponéis en esas manos?
 —Una mudilla de almendras,
 piñones y salvadillo.
 —¡Qué blancura! ¡Qué belleza!
 —¡Jesús, téngolas perdidas!

También estaba en uso suplir el color sonrosado de las mejillas con un postizo llamado «color de granada», extendido en hojas de papel; o se guardaba líquido en salserillas. Lope de Vega, en unas seguidillas retrata a lo burlesco a una dama:

No son sus mejillas
 color de Tiro,
 pero son de Granada
 papeles finos.

Y Quevedo, en *La hora de todos*, escribe de una mujer que «iluminábase de vergüenza postiza con dedadas de salserilla de color».

¡Cuántas mentiras encubrían estos afeites! Lope comparaba el aliño de la mujer con la hechura de los pasteles, que es mejor no verlos con-

feccionar. Los dedos femeninos se habían trocado en pinces. Las aldeanas pedían grana a un torrezno, y al vino afeite y color; pero las damas cortesanas agradaban porque se lavaban y pulían de mil maneras, y traían descubiertos cuello y muñecas; «daban muñecas» desde los coches, incitando a los galanes. Cierta esto, pero Lupercio Leonardo razona a su amigo:

Pero también que me confieses quiero,
que es tanta la verdad de su mentira,
que en vano a competir con ella aspira
belleza igual de rostro verdadero.

Las «mudas» comprendían maravillas de belleza. ¿Qué importaba la mentira del afeite, si producía un rostro que podía competir con las mismas Gracias? Mas Lupercio no puede desmentir su linaje aragonés, su herencia del padre Marcial, el de *Bilbilis*, agudo y salado; y la sátira fina asoma, elegante también, en los tercetos con que termina el soneto:

Mas ¿qué mucho que yo perdido ande
por un engaño tal, pues que sabemos
que nos engaña así Naturaleza?

Porque ese cielo azul que todos vemos,
ni es cielo, ni es azul. ¡Lástima grande
que no sea verdad tanta belleza!

No olvidemos que en su sátira a Flora, Lupercio refiere por menudo los afeites usados en sus días. Y nos cabe la duda de si el vate prefería un rostro femenino que confiaba solamente al agua y el jabón el atractivo, o, por el contrario, gustaba de la belleza marfileña conseguida en el artificio del tocador lujoso de la dama, la cual se exhibía después en el estrado ante sus admiradores como un modelo de Tiziano o de Rubens. Pero en la disyuntiva hay que decidirse: Lupercio Leonardo gustó de la verdad, de la sinceridad, de lo natural, que no está reñido con la elegancia, y es suma de discreción y apoyo de bizarría.

RICARDO DEL ARCO

1. Véase la introducción de la segunda serie de mis *Figuras aragonesas* (Zaragoza, 1926), pág. V.